

OTRAS RAZONES

ELOGIO DE UNA MATIZACIÓN POLÍTICA

Antonio García Trevijano nos descubría el pasado 10 de mayo en una columna jovina que la violencia política y el terror político son conceptos distintos y hasta divergentes. Tan es así que el verdadero terror político



frenable vocación de muerte. Y el hombre que ama la vida y desea vivir el mayor tiempo posible la toma como un arcaísmo político. Pero el terror se funda sólo en la singularidad realizada (patriótica), pues la matanza masiva destruiría el orden,

den, y con él, el terror fundante del principado. Los ministros del Interior que han dicho que Eta sólo mata cuando puede no saben lo que están diciendo. Si Eta generara grandes matanzas colectivas sacaría al Estado de su actual letargo y trastocaría el actual orden político, impotente ante ese terror que se mantiene como una sanguijuela del propio orden. Terror y violencia son términos divergentes; pues el terror perpetúa las situaciones, congela la imagen política; y la violencia es políticamente creadora. No es ninguna casualidad que la mejor época de la tragedia romana coincida con la Roma augústea, con la pérdida de la «vieja» libertad: El *Thyestes*, de Varro, y la *Medea*, del «relegatus» Ovidio, fueron las obras maestras del género trágico romano. No es la muerte el peor daño del terror, sino la cobardía moral y la traición a la mejor parte del hombre que engendra.

Martín-Miguel RUBIO ESTEBAN

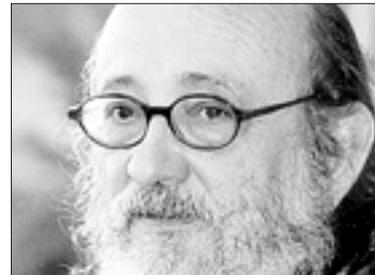
no puede implicar grandes dosis de violencia; si las produjera ya no se hablaría de terror, sino de un horror que pondría en peligro la continuación del terror. El terror perturba el alma social, la desquicia; la violencia política fundamentalmente destruye las personas, mata sin más. Y lo delirante del terror está en una dosificación matemática de la violencia (¿un atentado por mes?, ¿dos por mes?). Es así que violencia y terror vienen a ser dos géneros escénicos radicalmente distintos. La violencia es a los juegos de gladiadores lo que el terror es a la tragedia. Por eso la literatura romana no conoce grandes tragedias después de Accio, porque se poblaron de violencia. Las tragedias de Séneca no consiguen tener carácter trágico porque el horror de la violencia sustituye al terror de la culpa social. Y en donde la sociedad no tiene un morboso sentimiento de culpa no puede haber terror. La violencia política (v. gr. nuestra Guerra Civil) tiene una sustancial concomitancia con la épica de la sangre, pero en ella no suele encontrarse lo genuino del terror, que siempre se rige con una «economía de la violencia» (v. gr. la represión franquista o las acciones de Eta). El propio Brecht reconoció que en el «epische Theater», por sanguinario que sea, no se encuentra el terror trágico.

El terror nunca ha sido un fenómeno cuantitativo. La violencia, menos sutil, se expresa en guarismos arábigos; el terror es algebraico. No es el número de asesinados lo que constituye el terror político, sino la repetición de asesinados singulares. La violencia es un volumen; el terror una enfermedad mortal del alma social. Las matanzas colectivas no envenenan el alma; la muerte verdadera, la que engendra el terror y nos empavorece, sólo empieza en el individuo. El terror nos ciega de espanto y afición a las tinieblas de la precivilización. Un Estado terrorista y una organización terrorista lo son porque básicamente constituyen el modelo de un asesino en serie: todos podemos «ser culpables» del delito de no ser «él».

Pues bien, creo con Roland Barthes que el mejor historiador del terror político ha sido Tácito. En su mejor obra, los *Annales*, se nos presentan «sólo» unos cincuenta asesinatos políticos producidos desde la agonía de Augusto hasta la muerte de Nerón. Unos cincuenta actos de terror perpetrados por el Estado en medio siglo. Y, sin embargo, a pesar de esa ralentizada dosificación de la violencia, el cuadro que nos consigue presentar Tácito es absolutamente siniestro y aterrador. El miedo es tan sólido que se podría cortar. El terror también llega a matar a quien no quita la vida; como Paulina, la mujer de Séneca, salvada por orden de Nerón, y conservando a partir de entonces durante años en la palidez de su rostro exangüe, la señal de una comunicación con la nada. El ciudadano se aterra con sus propios pensamientos y su propio corazón. La libertad de pensamiento es un suicidio, y al suicida se le estrangula después de muerto para poderle confiscar los bienes de acuerdo con la ley. La libertad tiene una irre-

ESTHER BENÍTEZ

Tereto. Así la llamamos siempre. En tiempos que cada vez se diluyen más en la memoria, porque la memoria se va borrando, nos va borrando del tiempo a nosotros mismos. Tereto. Desde los años



Esther Benítez estuvo desde sus orígenes en el desarrollo de la Asociación Colegial de Escritores de España. Ella fue la principal impulsora, dentro de la misma, de la Sección Autónoma de Traductores. Difícil resulta evaluar

sesenta. Cuando la política era lucha, amistad, búsqueda de libertades y de compromisos éticos y humanos. Tereto en la literatura, una mujer que nos trajo, con sus excelentes traducciones, a autores italianos y franceses con los que ampliábamos nuestra visión del mundo. Por los caminos de la belleza, de la sensibilidad. Boccaccio o Italo Calvino, Maupassant o Zola, Césaire Pavese o Vincenzo Consolo.

Gallega de nacimiento, fue en Madrid donde realizó su gran labor literaria. A veces los premios son justos y reconocen a quienes trabajan no para conseguirlos, sino que por su trabajo se hacen merecedores de ellos. Así, Esther Benítez obtuvo en 1992 el Premio Nacional de Literatura por toda su obra traducida, obra en la que aunaba a la creación el ensayo humanístico y el psicoanálisis, obra que buscaba abrir camino entre nosotros a escritores difíciles como los africanos de lengua francesa.

lo que todos los traductores literarios deben a la labor tan abnegada como tenaz de Esther, por defender sus derechos. Morales y profesionales. El reconocimiento literario y el propio de autor. Trabajó en tareas de asesoramiento para la actualización y revisión de las leyes de Propiedad Intelectual. Impulsó, dentro de Cedro, programas de ayudas asistenciales a los autores, individualizadas y colectivas. Esther, que fue presidente de APETI, intentó siempre que lo reconocido por la Ley no siguiera siendo vulnerable en la práctica habitual del mundo de la edición. Recuerdo sus palabras emocionadas en 1981, dentro del Segundo Congreso de Escritores que celebramos en la ciudad de Sigüenza: «Aunque nosotros no tracemos caracteres, ni inventemos situaciones, ni contemos nuestra historia, en común con vosotros tenemos la emoción del hallazgo, la alegría de la creación, la búsqueda febril de una palabra, la única, esa sola e irremplazable que perseguimos por los infinitos laberintos del léxico. Y con ese orgullo de la creación lingüística hemos de aunar la difícil humildad de no enmendarle la plana al autor, de meternos en su piel, de limitarnos a crear por persona interpuesta».

Dejaba APETI. Y creaba la Sección Autónoma de Traductores. Incansable, a partir de entonces, en su actividad por mejorar los contratos de edición, regularizar el pago de los derechos, exigir el reconocimiento del traductor en las obras impresas, en la crítica de los libros, en los Jurados de los Premios Literarios, en las ayudas a jóvenes traductores, en el impulso a Jornadas que abordaran la problemática profesional de los mismos, en impulsar relaciones con los traductores de otros países...

Resulta difícil hacerme a la idea de que ya no volveremos a sentarnos juntos en reuniones profesionales, pero es estimulante saber que ella sigue acompañándonos a través de los libros que tradujo. Como si compartiéramos las palabras de los autores, y las que ella, en búsquedas apasionadas nos transmitía para hacérselas más comprensibles, propias.

Y ahora, mientras escribo estas amargas líneas, creo ver a Isaac Montero inclinado sobre la mesa en la que desgrana su pasión de vida, la literatura, la que compartió siempre con su mujer, ahondando en otras historias que componen su propia memoria e invención que recrea nuestro país en la postguerra, mientras contiene las lágrimas que ya para siempre se han fijado a su propia historia.

Compañero Isaac: Esther, Tereto, es ya parte de nuestra vida literaria y humana. No son frases. Quienes hemos caminado tantas sendas juntas, no podemos borrar a nadie de nuestro camino.

Andrés SOREL

PORQUE SÍ Y PORQUE ES ASÍ

FALSA MONEDA

Le puede pasar al euro, como sigamos así, lo que a la falsa moneda, que de mano en mano va y ninguno se la queda. Ocho meses faltan para que circule la moneda única, en billetes y calderilla, contante y sonante, y cada día tiene más detractores. Lo dice el último eurobarómetro, que es algo así como *Il Observatore Romano*, sólo que de Bruselas. Pues sí: sólo el 50 por ciento estamos persuadidos de las bondades del euro, frente a un 40, todavía escéptico. Lo fundamental, una vez más, como casi siempre en las cosas europeas, es tan simple como difícil: ¿somos o no

somos un conjunto de países que caminan convencidos hacia la unidad monetaria? Yo no sé, pero igual falta más información, para que ese respaldo sea ampliamente mayoritario. Se haría bien en no ocultar nada; en pecar más por exceso que por defecto. En explicar, sin veladuras, todo lo bueno y lo menos bueno que tiene, en la práctica, el euro. Queda poco tiempo, y esto de cambiar cosas de toda la vida, siempre da susto. Y, si es cambiar de moneda, todavía más.



Jesús FONSECA

REBOREDO Y SAÑUDO

